

Capítulo 1

Copenhague

(1782-1787)

El cielo está encapotado y hace un poco de frío y humedad cuando Morten Pedersen llega a Copenhague el 1 de junio de 1782, diez días después de su vigesimosexto cumpleaños. Está sentado en la chalupa, meciéndose, con la vista vuelta hacia el bosque de mástiles de la rada. Son las seis y media de la mañana. Lleva toda la noche despierto, dando vueltas de un lado a otro del paquebote de Christiania, y siendo un motivo de irritación y contrariedad para los marineros. Cuando salta al muelle frente a Toldboden su ropa está empapada por la niebla que se ha instalado en el estrecho de Oresund como un tapón. Se siente algo constipado y sabe que la tos está en camino, pero no se lo toma demasiado en serio. Es de constitución fuerte, el proceso de selección natural entre sus hermanos le ha llevado a considerarse a sí mismo como un superviviente y le ha conferido un alto grado de fatalismo. El viaje ha durado tres días. Durante la travesía, el viento sopló con bastante fuerza, pero él no se mareó en ningún momento. Siente que ha superado su primer viaje por mar como todo un hombre, y esperaba algún tipo de reconocimiento por parte de la tripulación, o al menos un apretón de manos y unas palabras amables de despedida. Se los había imaginado cuchicheando comentarios acerca del fuerte chaval noruego que no se achanta por nada. Pero, al final, se limitan a depositar su baúl en tierra firme sin pronunciar palabra alguna y lo abandonan a su suerte. A sus espaldas, otras chalupas atracan en el muelle. Unas siluetas saltan al muelle, aparecen en la luz gris de la mañana y vuelven a desaparecer cargando con sus sacos y baúles.

—¿Adónde, jefe?

Un mozo de equipajes ha abandonado su carreta y se acerca a él.

Morten Pedersen saca un sobre y lo abre, ofrece el papel con la direc-

ción al mozo. El mozo rechaza el papel. Lo interroga con la mirada. «Vale –piensa Morten–, es analfabeto.»

–A Nørregade –dice Morten, e intenta pronunciar la dirección en danés–. A la casa del impresor Schultz.

–Por aquí, señor –dice el mozo, y lo conduce hasta la puerta cochera donde un aduanero desdobra su pasaporte y lo examina.

Le devuelve el pasaporte.

–Copenhague le da la bienvenida al estudiante –dice el aduanero en un tono que probablemente pretenda irónico.

Entonces se pone en marcha, pegado a la pequeña carreta, en dirección al centro de la ciudad. Sus pasos son algo vacilantes después de la travesía en barco y de vez en cuando no puede evitar tambalearse un poco. El tránsito en el centro de la ciudad le resulta abrumador. Llegan tronando carros provenientes de las afueras, cargados con mercancía para las tabernas y los mercados, otros traen barriles de cerveza, hay diligencias con siluetas oscuras tras los cristales y cocheros en lo alto de los pescantes, soldados marchando con botas restallantes y las miradas apagadas, casi muertas, puestas en un punto en el infinito. Unos hombres llevan grandes fardos colgados del hombro con ocas, pollos y conejos sacrificados. Unos niños agitan libelos en el aire y berrean estrofas de los versos que se han aprendido de memoria esta misma mañana. Los adoquines están resbaladizos, son como de jabón, cubiertos por una película grasienta e indefinida. Morten da un traspié, pero llega a agarrarse al brazo del mozo que se vuelve y lo ayuda a incorporarse y, acto seguido, lo empuja con fuerza hacia la acera. Un tiro de caballos pasa por su lado traqueteando. La gente le grita, el cochero contesta a voz en grito y blande la fusta. Morten no entiende lo que dicen, tan sólo conoce el danés gracias al juez ordinario y al pastor de la provincia de Akershus, y aquí no se habla el danés que hablan ellos. En cambio, sí comprende que el mozo lo ha salvado de ser aplastado por la rueda de un carro. De pronto se halla en la triste disyuntiva de tener que decidir si le dará una propina o no, y en tal caso, de cuánto debería dársela. Descubre que ha metido el pie en la acequia sin querer. Vuelve a subir a la acera de un salto, pero se da cuenta de que una de sus botas ya está empapada de un líquido en cuyos componentes no tiene ganas de pensar. Hay mujeres en los vanos de las puertas y en los portales abovedados que muestran tobillos, ligas y sonrisas que le provocan escalo-

fríos de terror. Lo siguen con miradas inquisitorias y sonrían después de tazarlo. «Paleta.»

El mozo atraviesa un portal. Sus pasos retumban desde todos los lados. Se hallan en medio de un patio de la ciudad. Morten Pedersen paga al mozo, le da demasiado y de pronto el joven cambia la forma de dirigirse a él y opta por un «ilustrísimo estudiante», tal vez con cierto sarcasmo, tal vez sólo con cierta sorna, y añade algo más en el mismo tono que Morten no entiende. Poco después aparece un hombre que se presenta como el procurador Gill, noruego como él, y que es el hombre que, según lo acordado con su padre, le ha procurado alojamiento y se hará cargo de sus asuntos económicos mientras resida en Copenhague. El patio pertenece a un tal impresor Schultz. Morten ocupará una pequeña habitación sobre la imprenta. Una mujer del servicio doméstico del impresor le entrega una llave y le explica que comerá con los obreros de la imprenta. Le muestra dónde. Él la sigue pisándole los talones cuando cruzan el patio. Unos hombres en ropa de trabajo le lanzan una mirada furtiva, pero no lo saludan. Oye una máquina que produce un golpeteo metálico. Los movimientos de los hombres son hábiles y efectivos. Vuelve al lado del procurador Gill que le ofrece un papel en el que ha apuntado su dirección. Luego hace una reverencia cortés y desaparece. La mujer lo conduce hasta las dependencias del impresor, al otro lado del patio, donde aparece la señora de la casa para darle la bienvenida.

La señora Schultz lo repasa con la mirada. Entonces dice:

–Bueno, parece bastante inofensivo. ¿Bebe usted?

Morten niega consternado con la cabeza.

–No, señora.

–Sea bienvenido –dice la señora amablemente.

Morten hace una profunda reverencia, tal como le ha instruido su padre que debe hacer ante personas que estén por encima de él en el complicado orden jerárquico de la Ciudad de la Corte. Probablemente haya sido un error hacerle una reverencia a esta mujer, y aún peor haberla tratado de señora, pero ya está hecho. Se queda solo en el patio con el sombrero en la mano. Sube a su habitación y saca las cosas del baúl y las distribuye sobre la mesa y en el pequeño armario. Se desviste y cuelga la ropa húmeda que ha llevado durante toda la travesía en la silla. Luego se acuesta, pero se ha desvelado, no puede dormir. Desde el otro lado de

la ventana le llega el estrépito de los cascos de los caballos y de las ruedas de hierro de los carromatos contra el adoquinado. Sólo hace cuatro días que despertó en la alcoba de su habitación en Lier, a las afueras de Drammen, escuchando los sonidos familiares de sus padres en el piso de abajo y de los animales en el establo. Entonces se levantó, se puso la ropa de viaje, metió las últimas cosas que le quedaban por guardar en el baúl y bajó a desayunar antes de partir hacia el pueblo, acompañado por su padre, el maestro, que se quedó esperando hasta que hubo partido la silla de posta con destino a Christiania. «Me resulta absolutamente imposible –piensa Morten, echado en la cama de su nueva habitación–, que alguna vez pueda realizar el mismo viaje en sentido contrario. Como imaginarse viajar hacia atrás en el tiempo.»

Es el menor de siete hermanos, de entre los que él es el único niño que ha sobrevivido. Siempre había uno de sus hermanos mayores echado en la alcoba de la planta baja, agonizando con una sonrisa resignada en los labios. A menudo se sentaba con él y rodeaba la fría mano del hermano, con su mano, cálida. De pronto, un buen día su mano y su sonrisa se helaban, su escuálido cuerpo era trasladado al granero, limpiaban la alcoba, la oreaban, y pasaba a ocuparla otro. El proceso agónico era un estado permanente, una especie de momento solemne continuo durante el cual no te era permitido corretear ni reír, un gran silencio. Es así como recuerda su infancia. Una perpetua autocontención, una gravedad estudiada que al final se fijaba en su careto mientras la muerte no dejaba de avanzar, demoledora. Al final sólo quedó su hermana mayor, Kirstine. Los dos estuvieron vigilándose furtivamente durante un par de años, aunque ninguno de ellos acabó en la alcoba de la planta baja. Ahora ella vive con la familia de un pastor de la Iglesia en Nakkov.

Cuando Morten terminó el bachillerato se convirtió en profesor auxiliar en la escuela de su padre. Pasaron un par de años. Entonces comunicó a la familia que quería estudiar medicina. No recuerda de dónde sacó esa idea descabellada. Su padre le dijo que no. Sería pastor. El sueño de su padre siempre había sido hacerse pastor, al igual que el de su abuelo y el de su bisabuelo. Había llegado el momento. Ahora disponían de los medios para hacerlo realidad. Así pues, se avino a su suerte, feliz por poder, después de todo, viajar.